

Año III. Barcelona 20 de Setiembre de 1889 N.º 120

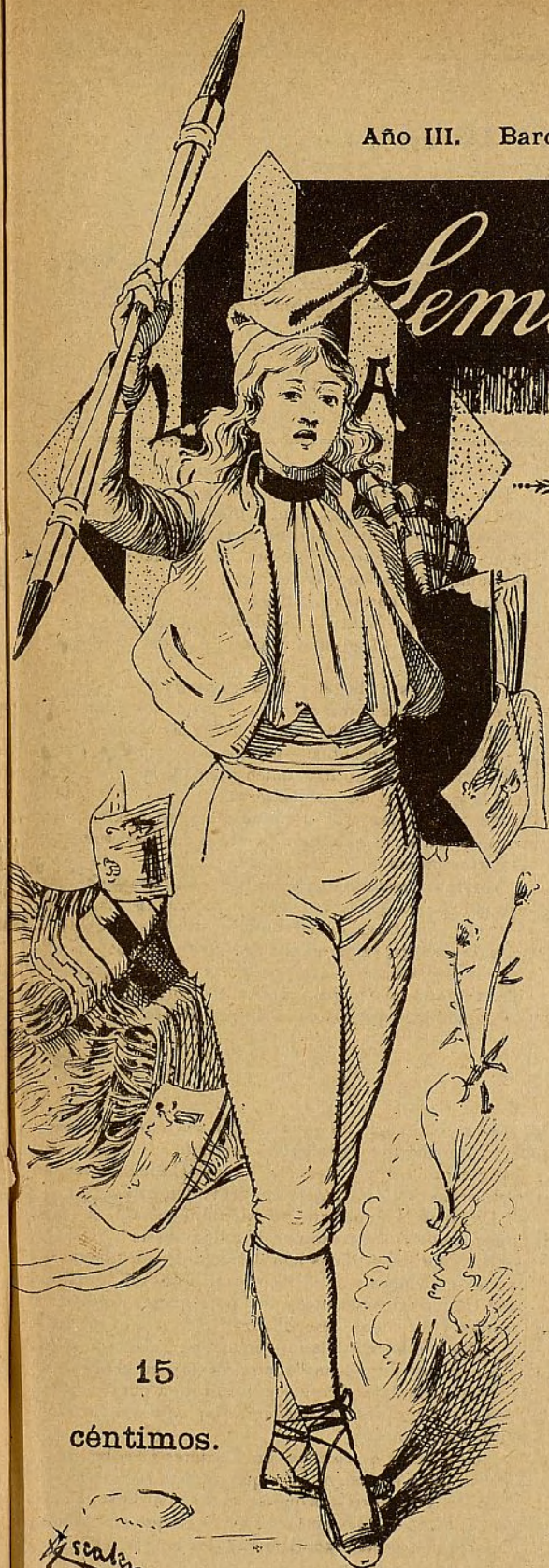
Semana Cómica

LIT. M. D'AILLES, UNION, 17.

Director:

J. Fernández de la Reguera.

LUIS DE ANSORENA



15

céntimos.

scaler

Empezó hace poco y ya
la Fama su nombre aclama.
¡Que esté tranquila la Fama,
que él no la desmentirá!



scaler

Ayuntamiento de Madrid

—3— SUMARIO —3—

TEXTO.—*La Semana*, por L. Royo Villanova.—*Con agual*, por J. Pérez Zúñiga.—*Y vá de cuentos*, por José de Diego.—*Engaños de la pasión*, por Luis de Ansorena.—*El pudor de los sentidos*, por Enrique Gaspar.—*La penitencia*, por Eusebio Blasco.—*No escribo!*, por Sinesio Delgado.—*El beso no se roba*, por J. Rodao.—*Barba de oro*, por A. Llanas.—*Chirigotas y Anuncios*.

GRABADOS.—*Luis de Ansorena*, por Escaler.—*Por la peana...*, por A. Pons.—*Paolo y Francesca*, por A. Pons.—*Bellas Artes*, por Escaler.—*Por partida doble*, por Escaler.—*Variiedades*, por Camins.—*Alegorías*, por Escaler.—*Dialoguito*, por Camins.



—¡Le vereis y no le conocereis!—gritaba el predicador del cuento, refiriéndose á Jesús despues del martirio. Y, efectivamente, descorrida la cortina que tapaba al Cristo, los feligreses vieron y no conocieron al crucificado, vestido de miliciano nacional por el mayordomo de la cofradía.

Algo parecido estan haciendo ahora algunos curas de las Provincias Vascongadas, pues, á juzgar por sus sermones, sacan á todas horas el Cristo vestido, no ya con el inocente uniforme progresista, sino con el poncho, polainas y boina de los carlistas.

De esto á poner aspilleras en el púlpito y convertir al Espíritu-Santo que está sobre él, en paloma mensajera *ad usum belli*, no hay más que un paso.

La Iglesia no se separa del Estado, según quería el obispo de Madrid-Alcalá, pero los curas empiezan á separarse del Gobierno.

Y puesto que los héroes del púlpito no se contentan con hacer su propaganda *al paño*, hora es ya de que los gobernadores y fiscales pongan el paño al púlpito.

La libre emisión del pensamiento tiene tambien sus trabas.

En las cámaras, la campanilla presidencial; en las reuniones públicas, el delegado gubernativo; en la prensa el lapicero fiscal...

¿Será cosa de meter en las iglesias agentes de seguridad, dejando á los curas la elección del sitio que habrán de ocupar aquellos?

Seguramente no les pondrían en el candelero, pero quizá les colocaran en el lugar de los pendones.

Recientemente escribía un alcalde al gobernador de la provincia:

—«El cura de este pueblo hace desde el púlpito propaganda carlista ¿qué hago?»

Y contestaba el gobernador:

—«Tome Vd. las medidas convenientes. Es preciso no tener la manga tan ancha.»

Pues ¡si sería bruto el alcalde! interpretó literalmente la orden y tomó por su mano las medidas... para hacer mas estrecha la manga parroquial.

—El liberalismo es pecado—gritaba á voz en cuello un ultramontano.

Y añadía un conservador hambriento del poder:

—Ya sé qué pecado es el liberalismo: ¡la gula!

Las providencias dictadas contra el predicador de Haro y sus congéneres, han sublevado á la gente de iglesia de tal manera, que en ciertas reuniones de sacristía parece celebrarse la fiesta de Pentecostés... por la abundancia de lenguas de fuego.

Hay quien compara á Sagasta con Mendizabal, á Capdepon con Suñer y Capdevila y á todo el actual gobierno, con el gobierno clerófobo del conde de Tranda.

—Quisiera ser obispo—decía un sacristán—solo por tener el gusto de confinar á los hijos de los ministros. ¡Valiente bofetada se habían de llevar las criaturas!

—No nos dejan hablar—gritaba un canónigo;—con tales restricciones no hay quien predique, y el sermón mas largo será el de *siete palabras*.

Muchos emplazan al gobierno para la próxima cuaresma y otros, al redactar el anuncio de fiestas religiosas, lo terminan así:

—«Habrá misa solemne con sermón, durante el cual estará expuesto el Señor... orador sagrado.»

Como es natural, los lectores del *Motin* y otros de la cáscara amarga, exajeran por el lado contrario:

—Nada, nada; hay que proclamar la ley marcial en plena iglesia; que ayuden á misa los cornetas y que no prediquen más que los curas de regimiento.

Al solo anuncio de que en Vigo se había declarado la fiebre amarilla, Portugal ha cerrado sus fronteras á cal y canto y ni por Badajoz, ni por Galicia, entra un pelo si no está *lazareteado* convenientemente.

De como la sombra de un microbio basta para dar al traste con todos los asomos de unión ibérica.

En vano los médicos han desmentido oficialmente el rumor y demuestran el buen estado de salubridad en que Galicia se encuentra; los portugueses no se convencen y dicen con desconfianza:

—Es que los castellanos ven una paja en el ojo ajeno y no ven un Vigo—masculino de viga—en el propio.

¡Ahí es nada el tórpor que inspiran á nuestros vecinos los microbios, *os elephantes da admósphera*, como ellos les dirán!

Son capaces de colocar, de fronteras á arriba, un inmenso telon de cedazo para que se filtre bien el aire de Castilla, y milagro será que no manden al hospital, más que á escape, á los actores españoles que en Lisboa y Oporto interpretan actualmente los tangos de Niño y los coros de Chueca.

Afortunadamente, en Vigo no ha habido fiebre amarilla, sino fiebre política, como todos los veranos.

Los rumores que han circulado dias atrás, los han hecho correr las personas sensatas, para ver si de ese modo desaparecía de Vigo la plaga de políticos que

anualmente desahogan allí su bilis, de paso para el balneario de Mondariz.

Corrámonos, España á abajo, desde Portugal hacia el Estrecho.

Parece que hay moros en la costa.

En la costa de Africa ¡es claro!

Segun afirman periódicos de París, se notan en Marruecos belicosos preparativos y el Sultán anda en tra-

tos con los pueblos del Riff, como si se tratara de rif-farnos ó repartirsenos á prorrato.

Dada la voz de alarma, la prensa de nuestro país llama la atención del Gobierno hacia Tetuan y demás importantes poblaciones del imperio.

Porque ¡naturalmentel vigilar sus capitales, es vigilar nuestros intereses.

LUIS ROYO VILLANOVA.

CON AGUA

Muy señor mío y casero:

Oigame usted por favor.

Es usted un embustero

de los de marca mayor.

Cuando estuve á ver á usted

(de buscar viviendas harto),

y ansioso le pregunté

el precio del piso cuarto,

usted, gastando finezas

y los mejores modales,

me dijo: «Con ocho piezas

y con agua, siete reales.»

Aquí vine sin demora

y encontré en cuarto tan viejo

cien faltas, de las que ahora

con amargura me quejo.

En luces hay un derroche,

¡amigo, qué bien se vé!

(Sobre todo por la noche,

cuando enciendo mi quinqué.)

No he visto un piso tan ruin

como el de mi habitación,

¡no hay un solo baldosín

que no baile el rigodón!

La dulce brisa entra bien

por los quebrados cristales...

¡Lástima que entren también

los catarros pulmonales!

Hay puertas con garrapatos

sobre los toscos barnices,

y picaportes tan chatos

que les faltan las narices.

El retrete está sin llaves,

y el no poderlo cerrar

produce sustos muy graves,

difíciles de evitar.

Blanqueada con carbon

la cocina está divina.

¡Ah, si tuviese fogón,

sería una gran cocinal

¡Y no dá lástima el ver

la sala particular

de mi señora mujer

que está sin empapelar?

Gaste usted en pintura el cobre,

porque á mí se me figura

que nadie se queda pobre

por un poco de pintura;

y aún puede ser que sobrara

para más de una pared

con la que lleva en la cara

su amable esposa de usted.

El papel del comedor

es una cosa perdida,

¡yo no lo he visto peor

en los días de mi vida!

Podría sufrir, de veras,

con calma tanto perjuicio;

pero, vamos, las goteras

me sacan á mí de quicio.

Como el techo es *ilusorio*,

se cala de un modo tal,

que cae sobre mi escritorio

una lluvia torrencial,

de fatales resultados,

pues, con duchas como esa,

ya son papeles mojados

los que están sobre mi mesa;

y al ver el destrozo hecho,

cuyo remedio es preciso,

voy á clavar en el techo

el hule que hay en el piso.

Usted me ha dado una guasa

cuando el cuarto me alquiló;

porque no hay fuente en la casa,

ni Cristo que lo fundó.

¡Vaya un cuarto el que tomé,

con seis goteras cabales!

¡¡por eso me dijo usted

que, *con agua*, siete reales!!

¡Y aún me pide usted, importuno,

sin reparar que me arruina,

diez duros al mes?... ¡Ni uno!

¡Que le pague á usted Neptuno,

ó el Ministro de Marina!

JUAN PEREZ ZÚNIGA.

Y VA DE CUENTOS

Los pálidos campesinos

de mi terruño adorable,

de los alacranes cuentan

un crimen tan repugnante,

que no será inoportuno

echar el cuento á la calle,

por si quieren desmentirlo

los señores alacranes.

Se casan estos señores,

y es muy justo que *se casen*,

pues, lo mismo en los insectos

que en las águilas caudales,

cuando con llamas de rosa

surge el incendio en la carne,

no hay virtud que lo sofoque,

ni bombero que lo apague,

sino amor que lo difunda

y presa que lo dilate.

Dicen que el amor ser debe

el sagrario impenetrable

que la sociedad sancione

y la libertad no allane:

yo'en ello no entro ni salgo,

pero son tan envidiables

desposorios sin latines

los de los irracionales,

en que el mismo Dios oficia

de la tierra en los altares;

hacen tan bien y aman tanto

sus tibios nidos las aves;

da este amor de rompe y rasga

engendros tan liberales,

que indigna y extraña á un tiempo

la conducta miserable

de los hijos que procrean

los señores alacranes,

que, en cuanto de las entrañas

que les concibieran salen,

como la madre refugio

no busque en los matorrales,

¡se le suben á la grupa

y devoran á su madre!

Si un clavo saca á otro clavo,

que un cuento á otro cuento saque

ni es forzar la coyuntura

ni debe extrañar á nadie.

El poeta de *Las Noches*,

desesperado y amable,

del pelicano ha cantado

las dulzuras maternas.

¿Qué hace la hembra del pelicano,

para que Mu-set la cante?

Como los pájaros todos,

enamorarse en el aire,

buscar con su compañero

alta peña en que albergarse

y fabricar luego el nido

sobre la peña gigante;

recorrer toda la costa



—Es que me ha dicho mamá que ande con mucho tiento, y que no le dé á Vd. el pié, porque se tomará la mano.

—No haga Vd. caso, Purita. Precisamente lo que en Vd. busco yo es el pié: que me dé Vd. pié para...

Ayuntamiento de Madrid

PAOLO Y FRANCESCA



—Es que mi familia me pregunta que hasta cuando van á durar nuestras relaciones; que si estamos muy adelantados...

—Pus díle, que tú si que debes estarlo, según mi cuenta...

y zambullirse en los mares
y sacar del fondo el buche
lento de peces brillantes,
y volar á la alta peña,
donde sus hijuelos nacen,
á introducir en sus picos
lo que en el buche les trae.

Mas si en vano ha registrado
las mudas profundidades,
si le enturbiaron el agua
los astutos calamares
y, al abrigo de la sombra,
corrieron á refugiarse

el caracol en su laja
y el pez en lo insondeable...
¡vuelve al nido, vuelve al nido
y con el pico se abre
el seno y á sus pichones
el corazón les reparte!

Pobre descorazonada,
corazón de tripas hace...
torna á alzarse, vuelve á hundirse
y, tinta en su propia sangre,
aun con el último aliento
de su agonía de martir,
en la onda clara el pez busca

que huye temeroso y ágil...

Y ahora, sueños, hijos míos,
responded á vuestra madre:
en agonías eternas
busca ella en vano ideales,
que le reclamais vosotros
azuzados por el hambre:
aquí se comete un crimen...
Decid: ¿quién es el culpable?
¿Es qué es mi alma pelícano
ó vosotros alacranes?

JOSÉ DE DIEGO.

ENGAÑOS DE LA PASION

I.

—¿Me quieres?—Claro que sí...
Te quiero de tal manera,
que toda mi vida diera
por verte cerca de mí.
—¿Cuándo llegará ese día
en que se cumpla mi afán!...
—¿Que no tarde mucho, Juan!...
—Por mí no queda, Sofía.
—¿Vendrá pronto?...—Así lo espero.
—¿Tú mi esposol...—¿Tú mi esposal...
—Pero... ¿qué falta?...—Una cosa
muy necesaria: el dinero...
—¿Pues maldito sea!...—Amen...
—¿Y pensar que á otros les sobre!...
—A otros, sí, mas yo soy pobre...
—Claro, Juan; y yo también...
¿Qué suertel...—Y hay que pensar
que la vida cuesta mucho

y, aunque yo trabajo y lucho...
¡no nos podemos casar!...
—Ya vendrán días más buenos...
—Será como tu supones...
—Yo no tengo pretensiones...
—Pues yo tengo muchas menos...
—¿Sin ti soy tan desgraciada!...
—Esperar me vuelve loco...
—Si vieras... ¡como tan poco!...
—¿Yo no como casi nada!...
—Y, te digo la verdad,
si tu amor es grande y cierto,
lo mismo me dá el desierto
que la elegante ciudad...
—Esa opinión no me estraña,
pues yo á tu lado, Sofía,
¡qué contento viviría
en una estrecha cabañal...
—Entonces... ¿á qué pensar

en ese infame dinero?...
¿Me quieres como te quiero?
¡Pues nos podemos casar!

II

—¿Cuando del amor se goza
ya está la dicha cumplida!...
—¿De veras?...—¿Pues si es la vida
tan alegre en esta chozal...
¡Todo campo en derredor!...
¡Buen nido de mis amores!...
¡Y además, hay tantas flores!...
¡Y esparcen tan buen olor!...

III

—¿Y hoy, mujercita... ¿qué tal?...
Estás triste... bien lo veo...
—Es porque hoy... la verdad... ¡creo
que esta choza huele mal!...

LUIS DE ANSORENA

EL PUDOR DE LOS SENTIDOS (1)



CUANDO Pepe Urquiza asegura en el Club que tiene cuarenta años, nadie le dá crédito: si añade que desde hace catorce está viudo, todos se le ríen y al tratar de persuadir á sus amigos de que ya le han pedido en matrimonio á una hija suya, educanda de un colegio en Orleans, y joven como un perro viejo, ó sea de tres lustros y veinte centavas partes de quinquenio de edad, los que le escuchan se ponen serios, como cuando se encuentra que una broma es demasiado pesada.

Y sin embargo, nada es tan cierto como lo que dice Pepe. Casado entre niño y hombre, y viudo entre hombre y padre, está amenazado con ser abuelo en el apogeo de una virilidad con todas las apariencias de la juventud.

Porque la naturaleza es así; tiene sus simpatías y sus

antipatías, circunstancia que de la madre hemos heredado todos sus hijos; y del mismo modo que el imán atrae al hierro, el perro detesta al gato, el macho solicita á la hembra y el marido huye de la mujer, la naturaleza se ensaña con el hombre feo para vengar en él, sin duda, su falta de habilidad al construirlo, y mima al guapo por la sola razón de que se lo aplauden.

Pepe le salió lo que se llama un buen mozo y se iba paseando por el mundo, con esa carta de recomendación llamada la hermosura, que la madre común firma á sus favoritos. Le puso maestro de equitación y á los pocos meses era un centauro; le enseñó música y lo tuvo que dejar un peldaño por debajo de lo sublime, por compromisos contraídos anteriormente con Gayarre y Sarasate; en pintura era un prodigio y en sociedad el amigo de las mujeres y el niño mimado de los hombres. Por si algo le faltaba, le envió una pulmonía á un tío suyo estéril, para que el sobrino heredase su título de marqués y sus pingües rentas. Le había parecido poco la carta de recomendación y le dió otra de crédito.

Con tales antecedentes, nadie encontrará extraño que una criatura llena de atractivos como Lola Aznar estuviese perdidamente enamorada de Pepe Urquiza.

Veinte años, viuda, sin hijos, duquesa, rica, hermosa y honrada; he aquí su filiación.

¿Correspondía Pepe á su cariño? Todo el mundo lo creía así, hasta el punto de que los íntimos de la duquesa la saludaban con esta frase sacramental:

(1) Del tomo *Majaderías*, preciosa colección de artículos del autor, publicada por la casa Aguilar de Valencia.

—¿Cuándo es la boda?

La misma interesada, viéndose objeto, no ya de las atenciones, sino de la preferencia del marqués, llegó á dar oídos á sus propios deseos y cada día al levantarse se preguntaba:

—¿Hablará hoy?

Nada de eso.

Pepe proseguía en su invariable tema de distinguirla entre todas las mujeres, de no ocultarle con los ojos cuán honda era la herida que en su corazón había abierto hermosa tan perfecta y virtud tan acrisolada; pero hablar, espontanearse, decidirse, poner en claro la situación, ni á tiros, á pesar de las descargas cerradas de que Lola le hacía blanco.

La duquesa llegó á imaginar que aquel hombre era refractario al matrimonio y que sólo buscaba en ella la satisfacción de los sentidos. Semejante idea la humillaba; pero como el concepto que tenía formado de Pepe era tan elevado, prefirió la realidad á la duda, á fin de poderle odiar por convicción, en vez de seguirle amando con salvedades.

Principió, pues, á trueque de lastimar su pudorosa condición, por estrecharle la mano cuando le saludaba, con esa solicitud que nunca se permite la simple amistad. Pepe palidecía de reconocimiento y de satisfacción, sentimientos que la mujer enamorada no confunde con otro alguno; pero retiraba la suya al instante, como con remordimiento.

Si en el curso de la conversación sus pies se rozaban por accidente, previsto como es de inferir por una de las partes, Pepe se ruborizaba y abría el ángulo, retirando su asiento para evitar reincidencias.

Una noche de baile se encontraron solos en un salón estufa. Lola, destacando en medio de aquella culta selva de plantas de los trópicos, estaba hermosa como una tentación. Ambos se miraron sin articular una frase, aunque cantándose todo un poema. De repente, y como desechando una idea, Pepe retrocedió y se dispuso á salir.

—¿Se vá usted?—balbuceó ella.

—Sí; porque no hay nadie con nosotros—repuso él—y desapareció.

La conclusión fué persuadirse la duquesa de que Pepe era el tipo del perfecto caballero y amarle con más vehemencia que antes.

—Pero entonces—se preguntaba la infeliz enamorada—¿por qué se obstina en su silencio? ¿es tímido? No; mil pruebas tiene dadas de lo contrario. ¿Hay alguna diferencia en nuestras respectivas situaciones? Tampoco; libres somos ambos, nobles los dos, y uno y otro suficientemente ricos para no tener que pararnos á contar nuestra fortuna. ¿Será que no le gusto lo bastante? ¿Le habrán dicho mal de mí?—pensó dando cima á sus reflexiones con la última objeción que se le ocurre á una mujer bonita y buena.

Y como el que ama no carece jamás de un confidente, Lola dió á una antigua compañera de colegio la misión de desvanecer ó confirmar sus sospechas con recursos diplomáticos. La embajada tuvo un resultado satisfactorio: Pepe Urquiza estaba apasionado de la duquesa, tanto por su virtud como por su hermosura.

Y sin embargo, callaba.

—¿Tendrá algún devaneo? ¿Le unirá á otra uno de esos lazos que, no por más ocultos, son menos inquebrantables?—se decía.

Y allá iba el viejo mayordomo que la vió nacer, inquiriendo de los criados la vida privada de Pepe, limpia como el armiño y reluciente como esos espejos que en el culto de Budha simbolizan la pureza.

Con los obstáculos crecía el amor y se multiplicaban las hipótesis.

—¡Necia de mí!—exclamó la duquesa una noche en que Urquiza, habiéndose dejado arrastrar más que de

costumbre por el irresistible encanto de la viudita, había, no obstante, recogido velas con una resolución más brusca de lo que podía esperarse de su cortés condición. —Ya lo comprendo todo: me ama, daría su existencia por mí; pero tal vez una promesa hecha junto al lecho de muerte de su esposa, de no pertenecer á otra mujer alguna, amordaza su pasión. ¡Hay criaturas tan exigentes!

Y al día siguiente era á un primo suyo á quien confiaba el delicado encargo de penetrar en la agonía de una moribunda. La solución del problema era siempre la misma: ni juramentos *in extremis*, ni compromisos vitalicios, ni escrúpulos monjiles; nada existía que pudiera oponerse á su ventura.

La situación era insostenible para un carácter impaciente y una imaginación exaltada como los de Lola. Su sorpresa no reconoció límites cuando llegó á su conocimiento que el marqués se marchaba á establecerse en Orleans al lado de su hija; noticia que vió confirmada en el anuncio de venta del hotel que Pepe habitaba en Madrid.

Decididamente huía de ella. ¿Pero por qué?

Esto es lo que Lola se resolvió á inquirir por sí misma; y tomando por pretexto la adquisición de la casa, y por ende la necesidad de visitarla, se personó en casa de Urquiza en sazón que su enigmático amante se entretenía en embalar su artístico museo.

Lo que debieron decirse júzguelo el lector con sólo pararse á meditar de lo que es capaz una mujer perdidamente enamorada de un hombre que paga su afecto con un sentimiento tan equidistante del cariño como del desdén: puede soportar el desengaño; jamás la duda.

Hablaron, pues; ella con claridad, él con reticencia.

De pronto Lola dió un grito, y apoderándose de una preciosa miniatura que había encima de la chimenea:

—¿Quién ha hecho este retrato?—preguntó con mal reprimido gozo, al ver reproducidos tan fielmente sobre el marfil los correctos trazos de su cara.

—Yo, señora,—tartamudeó Pepe como el criminal que es sorprendido infraganti.

—Y bien, Urquiza,—arguyó ella resueltamente;—el hombre que me distingue con sus preferencias, que me aprecia en todo lo que valgo por mi virtud y más de lo que merezco por mis atractivos personales, que es capaz de arrancar á la naturaleza por la sola fuerza de la simpatía esta notable copia, ¿puede negar que me ama? Y si me ama ¿por qué no me lo dice?

Aquí Pepe se puso pálido como un cadáver, y armándose de resolución:

—Sé que voy á hacerle á usted mucho daño—dijo;—pero callar por mas tiempo sería un refinamiento de crueldad. La adoro á usted con delirio; pero no puedo hacerla mía, porque...

—¿Por, qué?

—Porque los sentidos, Lola, tienen su pudor; y por un sarcasmo de la naturaleza, lo que más debiera espolear mi deseo, la hermosura de usted, es lo que despierta en mí precisamente pensamientos más puros.

—No entiendo—interrumpió la duquesa, notando que al borde de un abismo perdía el último apoyo de la esperanza.

—Pues bien, señora; una sola palabra le dará á usted la clave del enigma: ese retrato no es el de usted.

—¿Pues de quién?—gritaron los celos.

—De mi hija.

Lola quedó anonadada, y un mundo de revelaciones se abrió á su imaginación. Muda y silenciosa, traspuso la estancia; pero al llegar á la puerta no pudo dominarse y rompió á llorar.

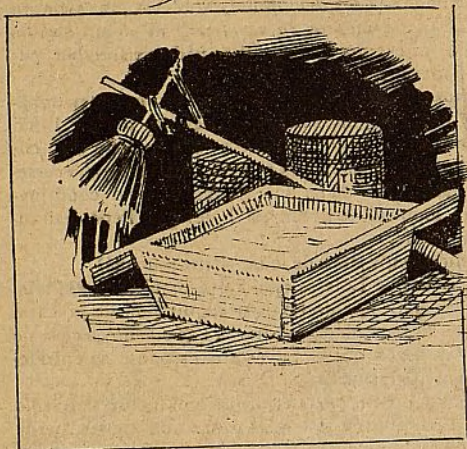
—¡Qué injusta es la naturaleza!—exclamó.

—¿Por qué?

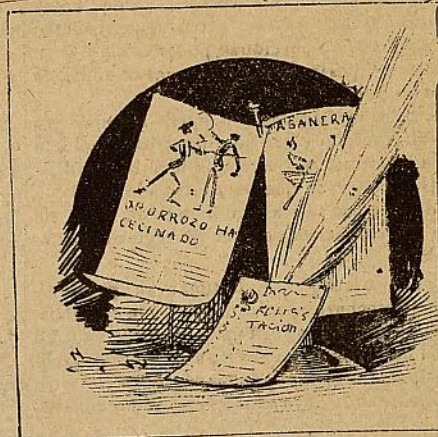
—Porque... por más que busco, no puedo encontrar en usted parecido con mi padre.

ENRIQUE GASPAR.

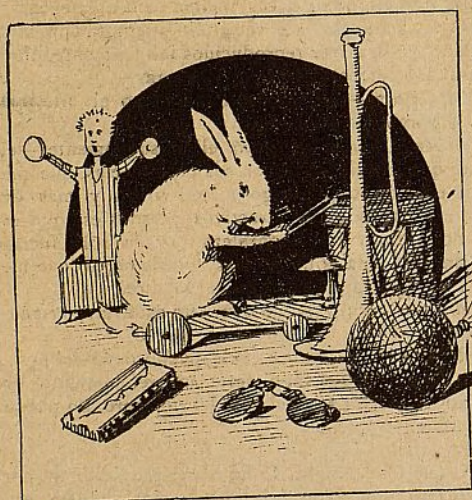
BELLAS ARTES



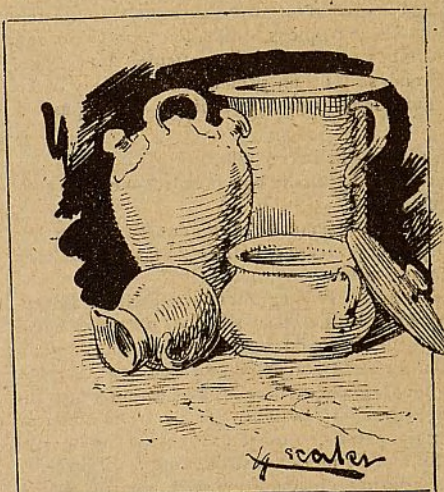
PINTURA



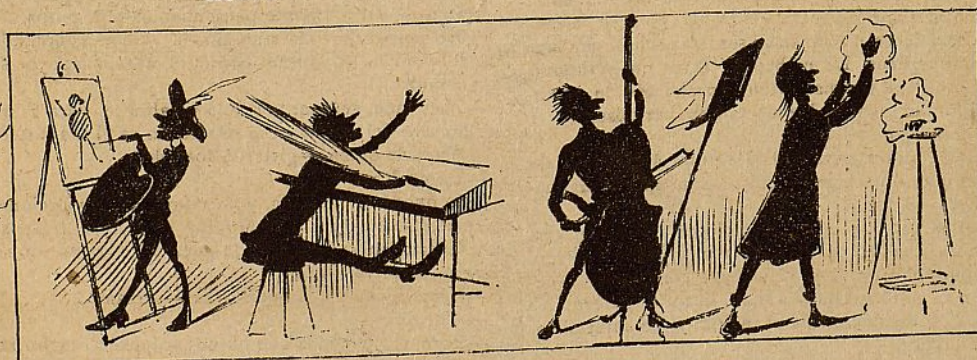
POESIA



MÚSICA



ESCULTURA





La hermosísima Gertrudis,
de hermosura superior,
que es modelo de *virtudis*
y modelo... de pintor.

LA PENITENCIA

Fué á confesar un cuitado
que, por miedo ó repugnancia,
desde su más tierna infancia
no se había confesado.

—Padre, exclamó con fervor,
mis culpas vengo á contar,
porque me voy á casar
y soy un gran pecador.

Y á no ser porque me caso,
pienso que no confesara
de miedo que me causara,
dar este cristiano paso.

—¿Pues tanto, hermano, pecó?
dijo el cura con espanto.
Y él respondió:—Ha sido tanto,
que casi se me olvidó.

—¿A Dios ofendiste?—Si.
—¿Blasfemaste?—Si. —¿Qué escucho!
¿Faltaste á tus padres?—Mucho.
—¿Mataste?—Maté y herí.

—¿De torpes livianos goces
abusaste?—Hasta el hastio.
¡Ay! ¡en eso, padre mío,
tengo pecados atroces!

—¿Y robaste...?—Su dinero
le robé al grande y al chico,

cemo industrial, como rico,
como hombre y como usurero.

—¿Y mentiras?—¡Infinitas!
—¿Y deseaste mujer
ajena?—¿Pues qué iba á hacer
si suelen ser tan bonitas?

—¿Tambien los bienes ajenos
codiciaste?—Sin reposo;
he sido tan codicioso
como el que más y el que ménos.

En fin, padre, mis pecados
han sido tantos y tales,
que no habrá muchos mortales
más dignos de condenados.

Pero mi arrepentimiento
es grande y extraordinario
y al pié del confesonario,
en este grave momento,

vengo á pedirle perdón
y absolución de mis daños.
Y el cura, tras mil regaños,
entre cristiano y hurón,

dijo:—En el día del juicio,
hijo, te van á hacer polvo;
pero en fin, *ego te absolvo*,
por mí no sufras perjuicio.

El penitente, que en ascuas
estuvo mientras le oyó,
de la iglesia se marchó
más contento que unas pascuas.

Pero al salir de la puerta,
antes de doblar la esquina,
una duda repentina
en su mente se despierta.

Y es que por tanto pecado
el cura que los oyó
penitencia no le echó,
como es uso acostumbrado.

Y por si tanta bondad
fué un olvido involuntario,
tórname al confesonario,
y allí, con nueva humildad,

dice:—Padre, á mi conciencia
repugna engañar á usted:
¿Se le olvidó á su merced
echarme la penitencia?

Y el cura:—¡Oh, qué bruto eres!
Dime, pecador vulgar;
pues si te vas á casar...
¿qué más penitencia quieres?

EUSEBIO BLASCO.

¡NO ESCRIBO!

Todo el album he leído
que esta tarde me ha traído
tu doncella ..

¡Lo que yo me he divertido
con el album... y con ella!
La muchacha es vivaracha;
y aunque yo me creo ducho,
se me ha burlado quizás...

En fin, chica, la muchacha
vale mucho;
¡pero el libro vale más!

Unos cuantos señoritos
que te juzgan buen bocado,
en sus hojas han probado
que saben hacer versitos
muy bonitos.

¡Vamos, que estoy asustado!
y no me atrevo á meter
en tan buena compañía
y echarlo todo á perder,
con alguna tontería

de las que yo suelo hacer.

Uno de ellos, por ejemplo,
tras de alzar á tu hermosura,
lo que mereces, un templo,
asegura

que por el encaje *breve*
que orla tu cuello de nieve
y marfil (lo mismo da)
el cefrillo se atreve
á entrar amoroso... (¡Ah, pillo
cefrillol!

¡Ya sabe él adonde va!)
Según el mismo doncel,
tienes una cinturita
tan chiquita,
que con una mano él
te la aprisiona completa.

Es poeta
y exagera, por fortuna...
¡ó te ha tomado por una
figura de pandereta!

Después afirma otro tal,
muy formal,
que en tu boca puso Dios
el mejor de los rubies,
y que cuando te sonries
se parte, por gala, en dos.

Luego, el chico, deja preso
entre esas joyas un beso,
y se va por donde viene;
¡y eso tiene tres bemoles!

¡caracoles,
ya lo creo que los tiene!
Yo, que tengo que escribir
después, ¿qué voy á decir?
Al uno se le figura
que te coje la cintura;
el otro se atreve á más...

Conque ¡á ver
lo que á mí me toca hacer
para no quedarme atrás!

SINESIO DELGADO

EL BESO NI SE PIDE NI SE ROBA

(CARTA A UN AMIGO)

Me escribes preguntando, amigo mío, cómo has de dar un beso á la que amas; si se lo has de pedir ó has de robárselo. Ahí va mi parecer. Si una muchacha te adora, como creo que te adora esa joven, y un beso quieres darla, y lo pides así... sin más preludios... como tienen los besos mala fama, desde ahora te aseguro que te quedas sin acercar los labios á su cara.

— ¡Robársele!.. ¡Jamás! Robar un beso es casi una traición, y sé que tu alma jamás se ha alimentado de traiciones, ni puede hacer traiciones quien bien ama. Voy á hacerte la historia de aquel beso que tengo todavía aquí en el alma y del que ya te he hablado muchas veces, porque de mi memoria no se aparta. ¡Dejó en mi corazón tan honda huella que al tiempo le es difícil ya borrarla!

* *

Espiraba la tarde; el sol poniente iba ocultando sus brillantes ráfagas... En el jardín, sentados en un banco que trepadora enredadera orlaba, estábamos los dos, henchido el aire de esencias que á su aliento se igualaban ..

Yo la estaba mirando, como siempre, porque estando con ella la miraba, pues tenía en su rostro algo divino, un imán que atraía las miradas. Con tenaz insistencia, también ella clavaba en mi su vista; su tez blanca se iba encendiendo y sus azules ojos se abrían más que nunca. — ¡Con que me amas? exclamó, y nuestras manos se enlazaron; los rostros se aproximan; las miradas se prenden, y sin darnos cuenta de ello, se oyó el rumor de un beso, que en nuestra alma debió sonar cual nota cadenciosa que brota de las cuerdas de algún harpa. Después nos separamos silenciosos; vi encendido su rostro y que una lágrima le iba surcando, mientras yo, sin tino, como beodo que indeciso marcha, me alejé de aquel sitio delicioso, que olorosas violetas alfombraban.

* *

Aquí tienes la historia de aquel beso. Pues dado de este modo es como agrada, que el beso no se pide, ni se roba: ¡el beso más sabroso es el que estalla!

J. RODAO.

BARBA DE ORO

ARTÍCULO DE COSTUMBRES, (MALAS)

CÓMPlices:

El Conde de X. (Barba de oro.)
La Condesa de id.
El Marqués de Y.
La Marquesa de id.
Mlle. Z. Primera bailarina del Teatro Real de Madrid, con 5.000 pesetas mensuales, un beneficio, varios perjuicios, y lo que caiga, de los que caigan.
Muchos servidores del sexo fuerte y varias servidoras del sexo que derriba al sexo fuerte. No hablan. ¡Si hablan!

FILIACIONES:

El Sr. Conde tiene 39 años y meses, cabello insopor- table durante la canícula, buen olfato para la caza de carne fresca, vista gorda, orejas convenientemente tapiadas, boca tunante, labios lujuriosos y barba... que merece párrafo aparte.

¡Boca abajo todas las demás barbas cuyo paso por el mundo ha quedado esculpido en el libro de la historia; desde la del gran *touriste* Moisés, hasta la del consecuente conspirador Excelentísimo Señor D. Blas Pierad (q. e. p. d.)!

La barba de nuestro héroe no tiene pareja, ni la ha tenido, y no nos atrevemos á profetizar que no la ten-

drá, porque escribimos estas líneas en el país en que vimos por primera vez la luz del sol y la del gas, y... «nadie es profeta en su patria.»

Ni ellos, ni ellas llaman al Sr. Conde por su nombre ni por su título; le conocen por «Barba de oro.»

Sería una injusticia llamarle «Barba dorada,» porque la tal barba es de oro de ley; el oro que indudablemente se obtendría, con la aleación de rayos solares, libras esterlinas y últimas lágrimas virginales.

El Sr. Conde debe lo que es y lo que posee (su título y sus riquezas) exclusivamente á la frondosidad, sedosidad, undosidad y lozanía del pedestal de la fachada anterior de su cabeza.

Para sus conquistas no necesita el Sr. Conde ni Ciuttis, ni Brígidas, ni Celestinas; no seduce y pervierte con décimas ni octavas reales, ni siquiera hinca los ojos; sólo esgrime la barba.

¡Todas, todas, todas!..

Particularidades de la Sra. Condesa:

Su señora madre (antes de serlo) se unió en matrimonio con el tercer conde de X. Se amaron entrañablemente... durante el primer cuarto y parte del segundo de su luna de miel: hasta que se conocieran á fondo.

Desde entonces,

aunque vivieron bajo el mismo techo, jamás durmieron en el mismo lecho.

Nació pocos años después la actual poseedora del título, que, como hija de su madre, heredó del desgraciado marido, título y cuantiosas riquezas; riquezas y



*El verbo comer, creo
que es defectivo,
pues no tiene presente
de indicativo.*

—... así es que yo estoy temblando, porque si se arma la guerra con el moro, y viene el Sultán
quí, á lo mejor la cojen á una para el Serrallo.



—Pué fuf, y el teatro etaba yenito, yenito; así é que me
ví negro pa yegar á las primeras filas.

—Y para no llegar (cómo te hubieras visto)

—Pues dile á tu madre que no sea egoista; que ella no
le niega eso á tu padre y que tú, como buena hija, debes
imitarla y...

ALEGORIAS



COMERCIO



INDUSTRIA



CIENCIA



AGRICULTURA

título que disfruta hace ya lustro y medio el protagonista de nuestra historieta, cuarto marqués de Y.

La Sra. Condesa, es además de condesa, una de nuestras primeras barbianas.

Hundimiento triangular en la megilla, gracioso hoyuelo en la barba, pié inverosímil, manos infantiles, ojazos tunantes, y boca... construida en los talleres particulares de D. N. Satanás.

Marqués de Y.

Buen mozo y nada más; y por añadidura barbilampión. Es marqués, porque es marquesa su señora esposa.

¿Cómo se casó? ¿Por qué se casó?

Porque seis meses antes de su nombramiento de marqués *consorte*, los acontecimientos se precipitaron con tal rapidez que... la Sra. Marquesa encontró por fin el marido que había menester: un padre oficial para el futuro vástago.

Señas particulares de la madre del susodicho vástago:

Amor febril al progimo... del otro sexo.

En el actual momento histórico tiene la señora Marquesa cuarenta y un años. Como diría el malogrado Roberto Robert, tiene, por tanto, *conocimiento y deso de...* lo que hace.

De los cuarenta y un años sabe disimular seis ó siete, durante el día. Con luz artificial, hasta una docena.

I.

La íntima amistad que se profesan los citados títulos y *títulos* ha llegado ya á lo inconcebible: no hay entre los susodichos matrimonios pan partido. Ni nada.

II.

Mlle. (!!!) ó Mme. Y. no tiene señas particulares. Es como son por lo general las bailarinas. Baila al son que le tocan; por dinero y por pan si se lo dan. Tiene actualmente ambas cosas en abundancia y ha contestado á la primera, segunda y tercera solicitud de «Barba de oro» que *no ha lugar, no ha lugar, no ha lugar.*

III.

Y acaeció que el Sr. Conde y el Sr. Marqués, juntos y á solas, hacían de las suyas y... de las otras.

Y en todo tiempo y en todo lugar era afortunadísimo «Barba de oro» y desgraciadísimo su compañero.

Y los desaires femeninos que el barbilampión recibía mortificaban su amor propio: en gran manera lo mortificaban.

Y quiso Dios que el Sr. Marqués envidiase la suerte del Sr. Conde.

Y al siguiente día amaneció el Sr. Marqués decidido á conseguir que desapareciera de la faz de la Tierra la preciosísima barba del amigo de su alma y amante de turno de su mujer.

Y fué así.

IV.

CUADRO I.

ESCENA... INTIMA

El Sr. Marqués y la Sra. Condesa solos.

En sitio conveniente un riquísimo divan, con confortabilísimos almohadones. Poca luz.

Condesa.—¡Alma de mi alma!

Marqués.—¡Pichón! ¿Me amas?

Condesa.—¡Te adoro!

Marqués.—¡Jurámelo!

Condesa.—¡Te lo juro!

Marqués.—¡Pruébame!

Condesa.—¡Pide por esa boca! ¿Qué quieres?

Marqués.—¡Que tu marido se quite la barba!

Condesa.—¡Imposible!

Marqués.—Nada hay imposible para la mujer que ama.

Condesa.—¡Lo intentaré!

(Telón rapidísimo.)

V.

CUADRO II.

Aparecen en el comedor del domicilio conyugal los Sres. Condes de X.

El Sr. Conde come, la Sra. Condesa sólo bebe.

No hablan; se aborrecen.

Lo cual que quiere manifestar que ella ha expuesto ya su caprichosa petición, y que él ha contestado que no le daba la gana.

CUADRO III.

La escena en el palco del Teatro Real. Palco cuyo abonó á diario pagan á medias los títulos de cuya vida y milagros nos estamos ocupando.

Están sentados á toda la distancia posible los señores Marqueses de Y. El Sr. Marqués está impaciente, deseoso de saber el resultado de las gestiones practica las por la Sra. Condesa.

Entran *por fin* la Sra. Condesa y el Sr. Conde, que llamado al terreno por el Sr. Marqués, cuenta todo lo sucedido. La Sra. Marquesa, calla *por que tiene sus planes*. El Sr. Marqués dice, que á tener el pelo en la cara, si se empeñara su mujer en que había de afeitarse no la desairaría.

El Sr. Conde manda á su amigo á donde había mandado horas antes á la Sra. Condesa: á paseo.

CUADRO IV. (Pendant del cuadro primero)

Domicilio del Sr. Marqués, que está ausente. El señor Conde hace sus veces.

Conde.—¡Alma de mi alma!

Marquesa.—¡Pichón! ¿Me amas?

Conde.—¡Te adoro!

Marquesa.—¡Jurámelo!

Conde.—¡Te lo juro!

Marquesa.—¡Pruébame!

Conde.—¡Pide por esa boca! ¿Qué deseas?

Marquesa.—Una prueba de que me quieres más que á tu esposa: concederme á mi lo que la has negado: ¡quitale la barba!

Conde.—Ni á ella ni á tí. ¡Jamás! ¡jamás! ¡jamás!

La Sra. Marquesa pide, súplica, llora, pellizca y besa y... ¡naranjas!

(El Sr. Conde sale... con la suya.)

EPÍLOGO

Y aunque redoblaron sus esfuerzos (por separado) ambas infieles consortes, resultó inútil su empeño. Inútil de toda inutilidad, resultó.

Y hubieron noticia de *todo* los abonados de los palcos contiguos.

Y corrió la nueva á los demás palcos.

Y de los palcos cayó á la platea.

Y de la platea saltó al escenario.

Y llegó al camerino de la primera bailarina Made-moiselle Z. Y Mlle Z. á la cuarta solicitud del señor Conde de X contestó: *como se pide*, á condición de que había de presentarse sin barba.

Y el Sr. Conde sucumbió: se afeitó.

Y quedaron satisfechos, muy satisfechos, el señor Marqués, la señora Marquesa, y especialmente la señora Condesa.

¡Tutti contentil

Cuando vieres la barba de tu vecino pelar,
escamar.

*Suceaído arreglado á la
escena española por*

A. LLANAS.



Corresponsal exclusivamente encargado de la venta de LA SEMANA Cómica en Madrid: D. Julián Rodríguez, calle del Tesoro, 5, bajo.

Con él deberán entenderse cuantos deseen vender el periódico en la Corte.

✱

—¡Ingrato! no hacerme caso á los tres meses de casado, cuando jnrabas amarme hasta el último suspiro!

—Y he cumplido, mi juramento, porque hace ocho días que he dejado de suspilar para siempre.

✱

Histórico.

—Hombre, hemos organizado un concierto á beneficio de los habitantes de Puigcerdós y contamos con su asistencia.

—Pues han contado Vds. mal.

—Pues su hermano D Fulano se ha suscrito y asistirá.

—¡Vaya una gracia! Si yo fuera sordo, como mi hermano, tampoco tendría ningun reparo en asistir.

✱

PUBLICACIONES — *Del café á la vicaría*, juguete cómico en un acto y en verso, por D. Joaquín Montero. — Adolece esta obrita de algunos defectos de versificación, pero está bien dialogada, demuestra ingenio en el autor y es de argumento sencillo y bonito. Precio: 2 reales.

José María Codolosa, el popular poeta catalán que á menudo nos honra con su colaboración, ha publicado un folleto titulado *PLATS Y OLLAS, versos humorísticos y antipoéticos, escritos ab una ploma espuntada*. Precede á la obrita, á manera de prólogo, un soneto de Fe-

rrer y Codina, que, dicho sea en honor de la verdad, podría ser mejor de lo que es. Pero los que si son buenos sin restricciones son los versos de Codolosa. Resplandecen en ellos el donaire y la gracia especial que Dios le ha dado.

Véndese el folleto á 15 céntimos, así es que se vá como pan bendito. Pídanlo Vdes. en todos los kioscos de la Rambla, puestos de venta y en la administración de *La Tomasa*.

✱

Cansons de la flamarada setitula un tomo de poesias catalanas del conocido poeta C. Gumá. Me han dicho que es cosa buena. Lo compraré y lo leeré.

Album de anuncios, publicado por nuestro corresponsal en Valladolid D. Celestino Gonzalez.

✱

La prensa escita al Gobernador á que dicte órdenes terminantes, para que las funciones teatrales no terminen nunca despues de las doce de la noche.

Eso es; y despues supongo que le escitará á que cree un cuerpo de niñeras gubernativas, con el exclusivo objeto de que del teatro nos vayamos á casa sin entretenernos por el camino.

Y despues á que publique un bando conmiando con las más severas penas al que no madrugue, conforme aconseja la Higiene.

Y despues...

Pero, señor ¿cuándo se convencerán ciertas gentes de que cada ciudadano es dueño de retirarse á su domicilio á la hora que le dé la gana?

✱

Valero, el veterano de la escena, antes de retirarse de ella, va á dar en el Novedades un corto número de representaciones.

Y como el público de Barcelona quiere al venerable actor, yo estoy seguro de que mientras represente él, habrá un lleno por noche en el teatro.

Allí nos veremos.

Porque yo asistiré, tu asistirás, aqnel asistirá... ¡Todos asistiremos!

✱

Imitemos á Paciano, el célebre empresario:

OI NO AI Correspon-
dencia.

En el número próximo, se contestará á todo el mundo.

Imp, Militar, Arco Teatro 9, pasaje.

DIALOGUITO



—¿Pero por qué te has puesto ropa de invierno? ¿Te has vuelto loca?
—Es que espero esta noche á Paco. Y como siempre me está diciendo que me encuentra fría, he pensado: Pues á ver si así consigo que me encuentre caliente.

— — — ANUNCIOS — — —

FOTOGRAFIA DE ESPLUGAS

PLAZA DEL TEATRO, NÚM. 7, 4.º, ENCIMA DEL HOTEL FALCÓN.

En este acreditado y conocido taller, se encontrarán siempre los últimos adelantos referentes al arte fotográfico.

TRABAJO INMEJORABLE. — PRECIOS MÓDICOS

Plaza del Teatro, núm. 7, 4.º, encima del Hotel Falcón.